



CARTA A LOS PADRES SINODALES

José Ignacio **González Faus**

Pliego de **VIDA NUEVA**, n.1.503 - 16 noviembre 1985

Ustedes perdonarán el atrevimiento. Yo no tengo más justificación para él, ni más exordio para esta carta que hacer mías las palabras con que el monje **Columbano** se atrevió a dirigirse al Papa **Bonifacio IV** allá por el año 600 de nuestra Iglesia. Si **Columbano** fue canonizado más tarde, me será legítimo a mí tomarlo de ejemplo y parodiar su introducción:

"A la cabeza de todas las Iglesias del mundo, a los más altos de parte del más bajo, a los primeros de parte del último... ¿Quién me escuchará? ¿Quién no preguntará en seguida a ver quién es este charlatán pretencioso que se atreve a escribir todo esto sin que nadie se lo pida?... Pero yo responderé que no hay intemperancia allí donde existe la necesidad de edificar la Iglesia. Y si mi persona les parece poco que no atiendan al que escribe, sino a lo que escribe. Pues ¿por qué va a callarse un cristiano lo que hace ya tiempo que va comentando por ahí su vecino?... Mejores son las heridas del amigo que los besos engañosos del enemigo. Y si otros murmuran alegres en secreto, yo hablaré triste y dolorido en público... No son, pues, la vanidad ni la precariedad las que mueven a este pobre hombre para que escriba a varones tan excelsos: es el dolor más que la hinchazón"(!)

O al menos, así lo quisiera yo de mí, y así lo espero, mis queridos hermanos en la fe. Es el dolor y es la necesidad de edificar la Iglesia lo que me mueve a escribirles. Porque en esa necesidad de edificar, yo también tengo una pequeña parte de responsabilidad, a la que no puedo desoír alegando que es pequeña, puesto que se trata de una responsabilidad muy seria y muy sagrada.

Y aún puedo añadir otra razón que no aducía San **Columbano**. Y es que, en casi todas las cosas que voy a decirles a ustedes a propósito del próximo Sínodo (sobre el que pesa el libro del cardenal **Ratzinger** como una auténtica espada de Damocles), no hay casi ningún problema de aquellos que se llamaban "de dogma y costumbres" o que hoy llamaríamos "específicamente teológico". Y ustedes no deberían dejarse dar gato profano por liebre teológica(2). Porque lo que va a estar en juego en este Sínodo será más bien y primariamente un problema **histórico** (el de la liquidación de la Cristiandad, pretender la perduración de la cual sería un anacronismo semejante al que supuso en el siglo pasado la pretensión de mantener los estados pontificios que también se la quiso defender con razones "teológicas"). Hay, en segundo lugar, un problema **psicológico** (que es el problema del miedo) y que, junto con el anterior, deben ser abordados simplemente como tales. Y sólo derivadamente esos problemas pueden llevar a una cuestión **teológica** (que yo me atreveré a emparejar con todo aquel pesimismo de los agustinistas exagerados: bayanos, jansenistas, etc.). Finalmente, me permitirán que -una vez sentado a la máquina- cierre esta carta levantando una cuestión **jurídica** que me parece de cierta importancia.

Con esto quedan ya enunciadas las cuatro partes de mi escrito. Y será mejor pasar inmediatamente a ellas porque ustedes no disponen de mucho tiempo, ni los pliegos de VIDA NUEVA de mucho espacio.

1. UN PROBLEMA HISTÓRICO: ACEPTAR LA LIQUIDACIÓN DE LA CRISTIANDAD

"Siempre habrá hombres que identificarán tan estrechamente su causa y la de la Iglesia, que con toda la buena fe acabarán por reducir la causa de la Iglesia a la suya propia. No se imaginan que, para ser servidores verdaderamente fieles, quizás tuvieran que aniquilar en sí mismos muchas cosas. Al querer servir a la Iglesia, la ponen a su servicio... Para ellos la Iglesia es, de hecho, un determinado orden de cosas que les es familiar y del que viven... Todo cuanto perturba este orden, o compromete este equilibrio, todo cuanto les inquieta o simplemente les extraña, les parece un atentado contra la institución divina".

H. DE LUBAC

La Cristiandad es algo muy distinto de la fe y aun de la presencia de la Iglesia en el mundo, las cuales son para mí dos exigencias muy queridas, y cuya liquidación no aceptaría por nada. Cuando hablo de "liquidación de la Cristiandad" quiero referirme a ese dato tan sabido de que hubo un momento de la historia en que la Iglesia intervino no sólo decisivamente, sino autoritariamente en la configuración de la sociedad. Quizás era la única que podía hacerlo en aquellos siglos tan oscuros entre el VI y el XII. Y tampoco tiene sentido discutir aquí si lo hizo mejor o peor. Es verdad que sobre todo en los comienzos de esa construcción, los pobres estuvieron muy presentes (mucho más que hoy) en la conciencia de la Iglesia, aunque quizás sólo de una manera asistencial y paternalista. Es verdad por supuesto, que el orden feudal no es ningún modelo de justicia, aunque quizás era el único posible entonces. Pero esta discusión valorativa no importa ahora.

Lo que yo quería decirles a ustedes, cuando hablaba de problema histórico, es más bien esto otro. Llegó un momento de la historia en que las circunstancias ya iban haciendo posible el nacimiento de **otra estructura**

social: el siglo XIII. Y cuando llega ese momento de la historia, la jerarquía eclesiástica, instalada en el poder e identificada con él, ya no sabe entenderlo y se aferra al orden antiguo. Rechaza la liquidación del orden antiguo y vuelve su espalda a lo más nuevo que pugna por nacer, porque no sabe ver en ello más que veleidades o desafueros revolucionarios que atentan al orden querido por Dios. Y desde entonces, cada vez que una hora histórica ha aparecido como encinta de una era nueva (en el s.XVI, en el XVIII y en el XX), la mayor parte de la jerarquía de la Iglesia no ha sabido reconocerla. Se aferrará cada vez al "Antiguo Régimen", y sólo verá orgullo revolucionario y humo de Satanás en lo nuevo que pugna por nacer. Y es cierto que eso nuevo tampoco había sido concebido sin pecado, como nada en este mundo. Pero es cierto también que podía ser bautizado, como todo lo que nace, y que **para eso precisamente** estaba la Iglesia. En cambio, es preciso reconocer que, con su cerrazón y su oposición, el mismo poder eclesiástico quizás contribuyó a que la nueva época naciese menos sana. Y luego utilizó precipitadamente esa poca salud como justificación de su oposición anterior.

Y sin embargo, una buena parte del pueblo de Dios, siempre ha sabido percibir y acoger la nueva vida histórica que pugnaba por nacer, y ha tratado siempre de insertarse en ella -como dice S. Juan- "no para condenarla, sino para salvarla" (Jn 3,17). Pero siempre se tropezó con la oposición y las resistencias del poder eclesiástico, en mayor o menor grado. Esa oposición la encontraron los mendicantes para su nuevo proyecto de vida religiosa inserta y pobre, en muchos representantes del "episcopado feudal" (aunque ellos tuvieron la suerte también de hallar un **Inocencio III** que comprendió el momento histórico mejor que muchos de los obispos de la época). Esa misma oposición la encontraron todos los cristianos que, en el siglo XVI, eran tachados de "luteranizantes" y que soportaron persecuciones tan injustas como **Bartolomé de Carranza** o **Bartolomé de las Casas** (en este caso obispos los dos). O todo el numeroso clero que estaba presente en los comienzos de la Revolución Francesa o de las Cortes de Cádiz;

así como todos los cristianos que durante el siglo XIX hubieron de oír mil veces de la Iglesia "oficial" que no era posible ser cristiano y demócrata a la vez. Y para aludir al siglo XX, bástenos una cita del padre **Chénu**: "La misión de Francia se desolidariza hoy del capitalismo como antaño los mendicantes rechazaron el feudalismo. En ambos casos se trata no de mera ideología, sino de una misma violencia evangélica"(3). Y esto que se decía ayer de la Misión de Francia vale hoy de la teología latinoamericana.

En todos los casos se ha tratado en realidad de un problema de sensibilidad **histórica**, no de un problema de ortodoxia teológica: hoy tenemos perspectiva suficiente para entenderlo así. Y en todos los casos la jerarquía católica pareció más atenta a extinguir la mecha humeante que a dejarla arder, pese a que no se trataba de una mecha que se apagaba, sino de una mecha que pugnaba por encenderse. Ante cada nueva era histórica, la jerarquía parece haberse comportado mucho más como abortista que como comadrona. Lo cual reconocerán ustedes que no deja de tener su ironía. Y hace falta una gran fe en Dios para poder aceptarlo con paz.

Pues bien, mis queridos padres sinodales, el Vaticano II -¡y ésta fue su maravilla!- representó, por parte de la jerarquía eclesiástica, la sensibilidad para una era histórica que pugna por nacer, y su aceptación en lugar de su rechazo. Lo representó aunque con cierto retraso, y aun con la opción en contra de una parte de obispos que ya no sabían distinguir la fe cristiana del mundo viejo ni la eternidad de Dios de la inmovilidad del pasado. Repito que ésa fue su maravilla, y que esa maravilla conmovió al mundo: hacía siglos que no se veía así a la Iglesia, y ella parecía resurgir de sus cenizas como un nuevo Ave Fénix.

Pero muchos tenemos la sospecha de que ahora se trata de liquidar aquella maravilla. Me concederán ustedes que la sospecha no es demasiado insolente, puesto que hoy sabemos bien cómo la preparación del Vaticano II no había ido encaminada a posibilitar esa maravilla,

sino más bien a impedirla. Pero el Espíritu sopló donde quiso, como El suele hacer. También podría hacerlo ahora, por supuesto. Y por eso nuestro miedo no quiere ser falta de confianza en El, sino deseo de no tentarle demasiado. Porque al Espíritu le gusta contar con nuestra docilidad. Y todo el lenguaje romano, que desde un tiempo a esta parte sólo parece ser el lenguaje del miedo y la imposición, nunca el de la esperanza y la libertad (todo lo matizadas que se quiera), me concederán ustedes que no suena demasiado a esa docilidad. Pues, en mi opinión, el miedo y la imposición no se pueden amparar con el Evangelio de Jesús: hacer eso sería grave y abusivo puesto que el Evangelio, de por sí, sopla más bien en dirección contraria. Jesús no fue martirizado por resistir al cambio, sino por anunciarlo.

Por eso yo quisiera que ustedes se pregunten seriamente si la razón de esa resistencia al Vaticano II, que hoy se percibe ya desenmascarada, está realmente en la experiencia de las calamidades que ha traído (como dice la versión oficiosa) o si no estará más bien en lo que el Vaticano II y la nueva hora histórica que él asumió, continúan exigiendo a toda la Iglesia, y sobre todo a su jerarquía: ser luz en vez de poder, ser comunión en lugar de mera sociedad y vivir para los hombres y no para sí(4). En una palabra: ser más hija de Abraham que de David.

2.UN PROBLEMA PSICOLÓGICO: EL MIEDO, Y SU CAPACIDAD FATAL PARA ACARREAR AQUELLO MISMO QUE TEME

"...Los gobernantes para empezar, niegan la libertad a sus súbditos, bajo el pretexto de que van a usar mal de ella, y luego, cuando han hecho todo lo posible para que los súbditos no puedan aprender a servirse de ella, se ven, no obstante, obligados a concedérsela, y tienen razón al constatar que, en efecto, el pueblo usa mal de la libertad."

J.LECLERQ

Quizás pueda pensar alguien que la Iglesia de los últimos siete años ha ganado algo en sensación de seguri-

dad, o en sensación de autoridad interior, o en sensación de identidad (una identidad más jurídica que evangélica por otro lado). Pero, si se la compara con el momento de la clausura del Vaticano II, ciertamente ha perdido mucho en sensación de credibilidad, de autoridad exterior o plausibilidad, y de capacidad de ser escuchada. Yo no creo que esto pueda cuestionarse.

Pero sería precipitado atribuir esto sin más al escándalo de la cruz o al humo de Satanás. Pues Satanás suele tentar engañando: **sub angelo lucis**, como decían los antiguos (y que a veces bien puede traducirse como "so capa de ortodoxia"). Y el escándalo de la cruz no sólo es locura para el de fuera, sino "debilidad" para el de dentro. Y, por tanto, la renuncia que impone la cruz ha de estar presente, tanto a la hora de buscar el "éxito" o aceptación exterior, como a la hora de buscar la seguridad interior. Por eso, antes de apelar a la cruz como excusa, pensemos más bien que lo humano tiene su autonomía y su capacidad de suministrar explicaciones. Y desde esos análisis humanos o psicológicos, yo quisiera explicarles por qué disiento profundamente de los diagnósticos del cardenal **Ratzinger** sobre nuestra hora.

En mi opinión, los inagotables temores del cardenal **Ratzinger** se parecen demasiado al llanto del feto cuando le toca nacer, o a esa desazón que agobia al niño cuando le toca hacerse joven, o a la responsabilidad y el **stress** (y hasta el infarto a la larga) que amenazan al joven cuando le toca hacerse hombre. (Por no citar la progresiva soledad que va recibiendo al hombre cuando le toca envejecer para ir volviendo al Padre). Todo es comprensible y muy real; pero no es eso **todo**. Y da la sensación de que, ante cada período de crecimiento de la vida, el cardenal **Ratzinger** sólo sabe ver y enumerar las calamidades. No ha logrado percibir que el llanto del naciente está compensado con creces por la promesa de un futuro abierto; ni que las preocupaciones de la madurez estén compensadas por el servicio a la familia o a la comunidad humana; como el abandono de la senectud debe estar compensado por la esperanza

del nuevo derperstar en las manos del Padre. En consecuencia, **Ratzinger** no tiene más receta que no nacer, no crecer, no madurar, volver a los ajos y cebollas de Egipto, como única manera de evitar tanto el caos del desierto como la tentación del becerro de oro. Si no se tratara de una especie de patología muy explicable psicológicamente, ¿habría que decir que nos invita a uno de los mayores pecados contra la fe!

Pero no es preciso decir eso. Pues la reacción a que el cardenal parece invitarnos puede ser desautorizada en el mismo terreno psicológico, sin apelar a la moral. Yo creo que **es posible** percibir en la Iglesia del post-concilio, junto a todos los síntomas de la crisis de etapa (el llanto, o las erupciones o la amenaza del infarto), la otra cara de la moneda que **Ratzinger** no ha tenido ojos para ver. O quizás no ha tenido **lugar** adecuado para verla, porque las columnas del edificio institucional son tan enormes y tan desproporcionadas como las de esa arquitectura antigua que impide toda panorámica y toda visión de lo que está un poco lejos(5).

Pero es posible palpar esa otra cara de la moneda.. Es posible percibir la alegría del vivir-en-la-fe que ha sucedido a la rutina fetal de aquella fe tan sociológica de antaño. Es posible percibir la búsqueda responsable del futuro que ha sucedido a la pasividad despreocupada de una fe infantil. Y es posible percibir la entrega por jirones de la propia vida, entrega dura y responsable que ha sucedido en tantos cristianos a la preocupación exclusiva y egoísta por conseguir sólo la propia salvación del alma. Yo creo haber palpado todo eso en los últimos veinte años, y he amado a la Iglesia por ello. Y la verdad: sólo a mis amigos no creyentes con los que discuto a veces, les he oído hablar de la Iglesia tan negativamente como a **Ratzinger**. Aunque cada cual pondría las negatividades en lugares distintos, pero ambos coinciden en lo mismo: no saber ver las positividades.

Y si yo les parezco demasiado optimista, queridos padres sinodales, piensen al menos que ese optimismo lo comparten hoy muchos cristianos y jerarcas. El Docu-

mento de los obispos de Inglaterra y Gales (que publicó VIDA NUEVA) daba un balance del postconcilio infinitamente menos resentido y más matizado (y por ello más convincente) que el de **Ratzinger**. Y no creo que por eso los obispos ingleses sean malos cristianos ni malos eclesiásticos. Por consiguiente, ambas lecturas son posibles (aunque yo crea que es infinitamente más válida la mía). Y ustedes harían muy mal en zanjar la cuestión a destiempo, diagnosticando precipitadamente -para salvar "la verdad revelada"- que es imposible que la Iglesia gire alrededor del mundo porque ella es el centro único, el astro en torno al cual ha de girar todo. Si ustedes diagnosticasen eso -aunque fuese de una manera camuflada y con palabras pseudoprogresistas robadas a la otra parte- conseguirán una victoria sólo jurídica, que supondría una enorme hipoteca para el futuro de la Iglesia. Y no conseguirían impedir que un clamor sordo (pero perceptible por lo masivo) respondiera a su diagnóstico por debajo, a la vez que se veía obligado a firmarlo por arriba: **eppur si muove**. Acuérdense, pues, de **Galileo**, mis queridos padres sinodales, y acuérdense de que el miedo es muy mal consejero. Y piensen que ahora no se trata ya de un problema físico sobre la tierra y el sol, sino de un problema evangélico sobre la Iglesia y el mundo. Y que, en estos términos, el único sol en torno al cual debe girar todo es Jesucristo (que paradójicamente se autodefinió como el que venía a servir y no a ser servido) y es el Reino de Dios anunciado y encarnado por El.

Y si les parece muy tópico eso de **Galileo**, acuérdense de 1277, cuando el obispo de París, **Esteban Tempier** condenó, con aprobación del Papa, una lista de proposiciones aristotélicas, entre las cuales había varias de... **¡Tomás de Aquino! San Alberto Magno**, ahora octogenario, y que en su juventud había enseñado a Aristóteles en París, a pesar de que estaba prohibido hacerlo, tuvo que volver otra vez a París a ver si lo arreglaba. Pero ya era tarde. Y un historiador comenta el episodio con estas magníficas palabras que yo dejo a su meditación:

"Es verdad que la situación era grave... Era necesaria una intervención. Pero el desorden de las proposiciones, la prisa con que se habían redactado según cuentan los contemporáneos, manifestaban que las autoridades habían perdido la capacidad de un juicio lúcido, en una fe intrépida por encima de las divisiones y, sobre todo, de las opciones partidistas. El miedo paraliza tanto al espíritu como al cuerpo, anquilosa la investigación, perturba las imágenes y los conceptos, cede a prohibiciones innecesarias" (6).

Que no pueda decirse de ustedes el día de mañana esas palabras que yo he subrayado al citarlas.

3. ¿UN PROBLEMA TEOLÓGICO? LOS PELIGROS DE UN AGUSTINISMO EXAGERADO

"Porque no tienen el coraje de ser del mundo, creen que son de Dios... Porque no son del hombre, creen que son de Dios. Porque no aman a nadie, creen que aman a Dios."

Ch. PEGUY

Sólo después de considerar el asunto en estos planes humanos, me voy a atrever a decir alguna palabra en el plano teológico. Ustedes perdonarán si un simple fiel particular se atreve a lanzar una sospecha de heterodoxia sobre tan alto dignatario eclesiástico. Pero es que la historia de la Iglesia muestra muy bien que nunca se ha evitado la herejía apartándose lo máximo posible de una postura sospechosa, porque la verdad católica parece ser redonda como la tierra, y si te apartas mucho de un punto acabas por volver a él. Ya hace algunos años que el padre **Mersch** escribió con sorprendente lucidez teológica algo que la historia no hace más que confirmar:

"La verdad y el error no están separados por una zona intermedia que no sería ni lo uno ni lo otro, y que sería prudente no visitar. Por el contrario se tocan, y en toda la línea. La verdad se extiende

hasta el error, aunque -por supuesto- exclusivamente hasta el error. Pararla antes, aunque fuese para apartarse más del error, sería caer en el error, pues sería llamar falso lo que todavía es verdadero". (7).

Y ésta es la heterodoxia católica de que yo me atrevería a acusar: la heterodoxia de pararse antes de tiempo. Creo, además, que es una heterodoxia que tienta mucho a la tradición agustiniana. Y son conocidas de todos la formación y talante agustinianos del teólogo **Ratzinger**. Ahora bien: en torno a todo eso que se llama agustinismo (se ha hablado de agustinismo en lo personal, de agustinismo político, y creo que también cabe hablar de agustinismo eclesiástico), se cierne siempre la sensación de que se trata de un pesimismo muy valioso por lo que tiene de experiencia existencial, pero muy difícil de mantener con el equilibrio mínimo imprescindible; y, por eso, muy amenazado de degenerar en otro pesimismo, más maniqueo que cristiano. El hecho es que, como ustedes saben, buena parte de las heterodoxias que la Iglesia ha tenido que condenar, han sido formas degeneradas de agustinismo, las cuales en sus principios no creían ser heterodoxias, sino profundas experiencias religiosas; pero acabaron siendo heterodoxas en cuanto las sacudió el simple desgaste humano, o alguna experiencia de decepción personal, o el inevitable empecinamiento de la discusión. Así fueron naciendo luteranismo, bayanismos, jansenismos, quesnellianismos, pistoyenses... y otros grupos que son suficientemente conocidos porque, en algún momento de nuestros estudios, ustedes y yo nos paseamos con ellos por las páginas del **Denzinger**.

Pues bien, mis queridos padres sinodales, vamos a releer alguna de las proposiciones condenadas de **Bayo**:

"Todas las obras de los infieles son pecados, y las virtudes de los filósofos son vicios"(DS 1925).

"La libertad, sin el auxilio de la gracia, sólo vale para pecar"(DS 1927).

"Es hereje pelagiano el que reconoce que hay alguna bondad natural que brota de las solas fuerzas de la naturaleza"(DS 1937).

"Todo el amor del hombre, o es una concupiscencia viciosa con la que se ama al mundo,... o es esa loable caridad con la que se ama a Dios, y que el Espíritu Santo difunde en nuestros corazones (Rom 5,5)"(DS 1938).

Y ahora díganme ustedes si, al leerlas, no tienen la sensación de estar oyendo como unos ecos o conclusiones que se desprenden más o menos confusamente del **Informe sobre la fe**, en lugar de estar leyendo unas proposiciones condenadas por la Iglesia. Pues ¿qué otra cosa puede significar esa afirmación del Informe (p.219) de que "ha sido **enfaticada excesivamente...** la doctrina tradicional de que todo hombre está llamado a la salvación y ciertamente puede salvarse obedeciendo a los dictados de su propia conciencia, aunque no sea miembro visible de la Iglesia católica"? ¿Es posible enfatizar eso "demasiado", a menos que alguien piense previamente que esa llamada y esa posibilidad de salvarse son una mera veleidad que nunca pasa al acto? A **Ratzinger** le marea la conclusión que se sigue de ahí sobre la universalidad de la gracia; pero con eso ¿no contradice las siguientes palabras "enfáticas" del Vaticano II?:

"Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para **todos los hombres** de buena voluntad, en cuyo corazón **obra la gracia** de modo invisible. Cristo murió por todos y la vocación suprema del hombre en realidad es **una sola**, es decir, divina. En consecuencia debemos creer que el Espíritu Santo **ofrece a todos la posibilidad** de que, en la forma **de sólo Dios conocida**, se asocien a este Misterio Pascual"(GS,22.Subrayados míos).

(Y quiero dejar constancia clara de que el interés de esta observación no es lanzar sobre nadie una sospecha de heterodoxia, porque eso es lo último que debería hacer un cristiano, y porque a míya me han hecho sufrir bastante con ello, y porque hoy se ha puesto de moda lanzar esas sospechas con absoluta ligereza y falta de caridad, sobre el primer **Gutiérrez** o el primer **Boff** que nos interpelan.

Quiero dejar constancia de que los cristianos deberíamos guardarnos como el demonio de manejar esa acusación con tanta ligereza, porque acusar a otro de hereje siempre es egolatrarse a sí mismo un poco. Y todo esto me lo aplico a mí).

Entonces, ¿cuál es el interés de toda esta observación? Pues el mostrarles por simple analogía un peligro práctico. Voy a ver si consigo explicarlo.

De hecho, el peligro real y experimentable de toda esa línea bayano-jansenista es que, como todas las obras del hombre son pecado, a base de ver pecado en todos los intentos de hacer algo se acaba por no hacer nada y por quedarse... ¡en el pecado!, que es donde el hombre está realmente. Yo quisiera insistir en que el gran significado del Vaticano II no fue una simple cuestión de "modernización" o de adaptación al mundo, sino de **conversión**, para empezar a amar al mundo como lo ama Dios. La Iglesia del Vaticano II se arrepintió de un pecado preconiliar o de una serie de pecados muy concretos y muy reales, de los que se hace preciso enumerar algunos ejemplos:

-- un desprecio del mundo parecido al que el hermano mayor del pródigo sentía por su hermano.

-- una negativa a aceptar que Dios pudiera hablarle por alguien "de fuera", que se parece a la negativa orgullosa de los apóstoles (tal como la cuenta algún Apócrifo) a admitir que el Resucitado les quisiera comunicar nada por medio de las mujeres y no directamente a ellos mismos;

-- una alianza con los poderosos de este mundo y una falta de amor a los pobres y a la causa de los pobres, que eran ya institucionales y crónicos;

-- una pecaminosa apropiación de la realidad de la Iglesia por la sola jerarquía y luego por sólo el Vaticano (el lenguaje es en este punto un resonador muy preciso: cada vez más, cuando decimos "la Iglesia" nos estamos refiriendo sólo a Roma; algunas veces quizás a los obispos; nunca a la comunidad de los fieles)...

Todo esto son cosas antievangélicas, cuyo acto de contrición empezó a rezarse en el Vaticano II. Por eso, en muchas de las intuiciones del Vaticano II no hay una simple reconciliación con la modernidad, sino un verdadero afán de reconciliación con Dios y con el Evangelio. Y he aquí que, en este momento, el cardenal **Ratzinger** parece decirnos que todo intento de salida del pecado -por lo menos de un pecado institucional- lleva sólo a un pecado mayor. Y esto, claro, se convierte inevitablemente en una invitación a quedarse en el pecado.

Desde estos presupuestos, que parecen negarle toda posibilidad real a la gracia -o que, al menos, traducen una profunda falta de confianza en ella-, no parece quedar más salvación que un domesticamiento de la gracia, que consiste en hipostatizar tanto sus mediaciones que acaben por suplantarla y ponerse en lugar de ella. En la unilateralidad de **Lutero**, eso llevaba a una absolutización de la fe, que parecía dejar fuera no sólo las obras, sino a todos los no creyentes. En la unilateralidad de **Ratzinger**, eso parece llevar a una absolutización de la Iglesia (reducida además tácitamente a **Roma**, como antes hemos dicho), que parece dejar fuera también toda la inmensa aventura de la conversión de la persona, de la conversión del mundo y de la conversión de la misma comunidad de creyentes. Y si a **Lutero** se le pudo caricaturizar con aquello de "crede firmiter et pecca fortiter", la visión a que nos aboca **Ratzinger** sobre las relaciones de la Iglesia con el mundo podría caricaturizarse también con un "curializa firmiter et pecca fortiter". Sí; ustedes perdonen, ya sé que es caricatura y lo reconozco. Pero es que me parece que **Ratzinger** también dice otras mil cosas que son caricatura, y en cambio él las presenta como si fueran diagnóstico.

O con otro ejemplo: si en tiempo de los jansenistas se llegaba a aquella aberración de dar gracias a Dios porque cada vez comulgaba menos gente (creyendo respetar así la santidad de la Eucaristía y evitar así mil sacrilegios posibles), hoy el cardenal parecería dispuesto a dar también gracias a Dios si cada vez hay menos

gentes que se acerquen a comulgar con el otro memorial de la Pasión, que es el mundo sobrecogedor de los oprimidos de esta tierra(cfr.Mt 25,31ss), mientras veneran devotamente el sistema eclesiástico. En todo esto, queridos padres sinodales, hay algo tremendamente serio, donde podemos jugarnos no el estar más cómodos y más tranquilos y menos amenazados en la Iglesia, sino simplemente el estar o no estar siguiendo a Jesús. Porque lo veo así de serio, me atrevo a exponer a ustedes mi profundo temor.

4.UN PROBLEMA JURÍDICO. LA PERSONA PARTICULAR DE JOSEPH RATZINGER, Y EL PAPEL UNIVERSAL DEL PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

"En la vida de la Iglesia son posibles dos extremos y ambos significan egoísmo: el que cada uno quiera ser una cosa, y el que uno quiera serlas todas. En el segundo caso, el lazo de la unidad es tan estrecho y el amor tan ardiente, que uno no puede evitar la asfixia. En el primero, las cosas son tan exteriores unas a otras y todo es tan gélido, que unose enfría. Un egoísmo lleva a otro egoísmo. Ni uno ni cada uno deben querer serlo todo. Solamente todos pueden serlo todo, y la unidad sólo puede ser la de una totalidad. Tal es la idea de Iglesia católica".

J.A. MÖHIER

El último punto de mi carta tiene un carácter más concreto y más jurídico. No soy yo quien para recordarles esa verdad eclesiológica tan elemental de que un Sínodo como el de noviembre está no sólo por debajo de un Concilio Ecuménico, en cuanto a autoridad y valor eclesial, sino que está además **obligado a obedecer** a un Concilio Ecuménico que forma ya parte del magisterio y de la tradición de la Iglesia universal. Espero que esto no lo olviden nunca y que piensen en los pavorosos problemas que dejarían a la Iglesia del futuro si lo olvidasen. Pero como espero eso, me limito sólo a indicarlo y paso a lo que ahora me preocupa.

Lo nuevo, en el caso del **Informe sobre la fe**, es el hecho de que un prefecto de la Congregación de la Fe se adentre en el terreno profano de la opinión particular (que es el terreno de los libros y las declaraciones de prensa, etc.), "vestido", por así decir, con sus ornamentos sagrados de prefecto de la Congregación. He leído que el Papa, en alguna declaración a la prensa había dicho (distanciándose según algunos, de las opiniones de **Ratzinger**), que el **Informe sobre la fe** constituía una opinión particular que el cardenal **tenía derecho** a expresar, como todo fiel en la Iglesia. Recibo esta opinión con alegría. Pero me queda pendiente una duda.

En la Iglesia hay servicios de tal seriedad que (generalmente hablando y sin negar que nada humano deja de estar sujeto a excepciones), parecen requerir la renuncia a algunos derechos humanos, por parte de aquellos que ejercitan dichos servicios. Por ejemplo: la Iglesia oficial sigue pensando hoy que es necesario que, quienes desean o son llamados a ejercer el servicio ministerial, renuncien a ejercer su derecho al matrimonio y su derecho a la búsqueda del poder político en el ejercicio de algún cargo público. Yo quisiera plantear la pregunta de si no sería muy conveniente -o del todo necesario- que quienes ejercen un cargo como el presidente de la Congregación de la Fe, renuncien a su derecho a expresar opiniones particulares (¡al menos en la actual configuración de la Iglesia!) para no destruir la unidad eclesial, reforzando la contingencia de lo personal con uno de los mayores pesos de lo institucional. Si todo abuso de poder, o toda extrapolación de poder, es de por sí inmoral, esto se vuelve mucho más grave cuando el abuso se presenta en un poder "sagrado".

Si **Ratzinger** fuera un sencillo profesor de Tübingen o de Regensburg, él y **Küng** podrían discutir ahora sus diferentes puntos de vista y hasta levantar la voz en la discusión; y no serían los primeros "santos padres" en la historia de la Iglesia que se pasan de rosca en el calor de una disputa teológica. Pero que **Ratzinger** baje al campo de batalla con todas las armas de su cargo, convierte en injusta la disputa porque reduce

al interlocutor a un pequeño David sin más que una honda en la mano. Y esto puede llevar a enfurecerle más.

Los anteriores prefectos de la Congregación de la Fe no solían manifestar públicamente lo que eran opiniones personales suyas; y yo pienso que eso hacía mucho más serio y respetable el cargo. Los fieles sólo podrán respetar eso que llamamos el "poder sagrado", si el primero que lo respeta hasta el fondo es aquel que lo detenta. Y respetarlo hasta el fondo puede significar incluso esto: respetarlo hasta la renuncia a algún derecho que todos los demás tienen. Porque no parece que las circunstancias sean tan excepcionales y tan precarias en el sector conservador de la Iglesia, como para que haya que invocar razones de suplencia u otras parecidas para justificar la actuación del cardenal. Y por eso sería muy bueno que ustedes trataran de este punto en el Sínodo.

CONCLUSION

Esta carta, mis queridos padres sinodales, ha sido la expresión de un temor. Mi esperanza está tan golpeada que no me habría sentado a la máquina si VIDA NUEVA no me lo hubiese pedido expresamente. Y lo que temo -con una expresión gráfica- es una aplicación a la Iglesia de esa doctrina tan latinoamericana de "la seguridad nacional" y de esa práctica tan hispánica del "alzamiento nacional" para "salvar" la patria. Lo que temo es una "doctrina de la seguridad eclesial" y una especie de "alzamiento eclesial" para "salvar" la Iglesia. Y los temo no sólo porque no son evangélicos sino por todo lo que la experiencia enseña sobre ellos: **no sirven para nada**; o mejor: sólo sirven para crear mucho sufrimiento inútil. Después de veinte, treinta o cuarenta "años de paz", las cosas siguen exactamente como antes -como se comprueba siempre en las primeras elecciones libres que pueden hacerse.

La Iglesia no es una comunidad política, por supuesto. Pero, por eso mismo, no quieran ustedes ser pastores

de una Iglesia que se parezca a Argentina, o a Chile, o a la España franquista... o a Polonia. Sino de una Iglesia que se parezca un poco al nuevo pueblo de Dios, a la nueva presencia corporal de Cristo y a la nueva morada del Espíritu.

Y para eso, termino dejando algunas frases ya conocidas, para su consideración y plegaria.

* "No temáis. Yo he vencido al mundo"(Jn 16,33).

* "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, que todo lo demás (también la seguridad eclesial) se os dará por añadidura"(Mt 6,33).

* "No apaguéis al Espíritu"(1 Tes 5,19) aunque no podáis controlarlo. "No quebréis la caña cascada"(Mt 12,20), aunque os dé rabia no poderos apoyar en ella.

* Y "abrid bien las ventanas" como quería el Papa Juan, para que entre ese viento que sopla donde quiere, y revuelva un poco los papeles de tantas burocracias sacralizadas. A lo mejor en ese revoltijo de papeles se recuperan algunos importantes acuerdos ecuménicos, que estaban destinados a algo más que apolillarse en algún cajón curial.

Ustedes perdonen todas las intemperancias. Pienso que, tanto **Ratzinger** como yo, podríamos coincidir en concluir con las palabras con que cerraba San Agustín una de sus obras más importantes: "Señor Dios, Uno y Trino si he dicho algo que sea Tuyo, haz que lo reconozcan los tuyos; y si he dicho algo sólo mío, perdóname Tú y los tuyos"(De Trinitate XV,28).

En la comunión del único Señor.

José Ignacio GONZALEZ FAUS

N O T A S

- (1) Ver PL 80,274. La parodia se limita a suprimir algunas palabras y utilizar el plural donde S.Columbano -por diferente destinatario-

emplea el singular. El resto de la cita es literal.

- (2) Por esta razón es por lo que no quiero convertir esta carta en una discusión con **Ratzinger** acerca del **Informe sobre la fe**. A mí me interesa el Sínodo, no el libro. Y si alguna vez aludo a él es sólo porque tiene una sutil característica que le puede convertir en amenaza para el Sínodo: muchas veces formula las cosas con un grado tal de abstracción y formalidad, que uno puede estar plenamente de acuerdo con la formulación, aun sabiendo que el disenso será también pleno en cuanto esa formalidad se rellene de contenidos concretos. Otras veces refuta unas opiniones tan desfiguradas, que uno puede estar de acuerdo con esa refutación, pero dudando mucho de que se aplique efectivamente a alguien. Yo pienso que, en ambos casos, el primer factor es el lado bueno del intelectual cuando habla; y el segundo es el lado trágico del intelectual cuando se mete a hombre de acción. Así por ejemplo, yo (que coincido con **Ratzinger** en dar mucha importancia a la realidad del pecado original) no entiendo cómo luego él puede decir con tan absoluta impavidez que "en una hipótesis evolucionista del mundo (a la que corresponde en teología un cierto teilhardismo) no tiene sentido **evidentemente** hablar del pecado original" (p.89, subrayado mío), cuando toda la teología reciente explica el pecado original en una hipótesis evolucionista, cuando así lo han estado explicando **en la misma Roma** los padres **Flick** y **Alszeghy**, y cuando existe la importante obra de **J.L.Segundo (Evolucionismo y culpa)** que podrá ser discutida, pero que no deja de hablar del pecado original.

Todo esto explica el que, en esta carta, dé mucho más peso a las razones históricas

y psicológicas que a las propiamente teológicas.

- (3) **Sant Tomás avui** (Montserrat, 1974)p.17. Tomo la cita de E. Vilanova. **Historia de la teología cristiana**, Barcelona, 1984,p.477.
- (4) Sobre estos enunciados remito a mi artículo **Vaticano II.¿Comienzo o Fin?**, en **Razón y Fe**, abril 1985,365-375.
- (5) En todo caso el cardenal reconoce que "cuando estaba en Alemania miraba con escepticismo, quizás hasta con desconfianza e impaciencia a la burocracia romana" (p.76). Pero que al llegar a Roma cambió y se dio cuenta de lo buena que era. Yo puedo confirmar lo primero: pues recuerdo haberle oído a **Ratzinger**, explicando la historia de la Cristología, en Tübingen, en 1967, algunas ironías sobre "la mala teología que se hacía en **Roma**". Pero, además, me pregunto si no le ocurrirá ahora exactamente al revés: que mira con escepticismo y desconfianza a la Iglesia universal, pero, si la viese más de cerca, cambiaría de opinión.
- (6) E.Vilanova, **obra citada**, 559.
- (7) **La théologie du Corps Mystique**, París,1949, p.93.

El texto continúa así: "En todas partes, pero sobre todo en los parajes peligrosos, hay que guardarse de precauciones inquietas, que harían desviarse a los sistemas para evitar que vayan flanqueando abismos: ya los evitarán por ellos mismos, con tal que sean verdaderos. Pues la verdad por sí misma tiene algo que no le hace ser error jamás, sin necesidad de nuestros temores y de nuestras astucias".

Para mí, creer que Dios es la Verdad, y que Jesucristo es la Verdad, implica creer en una verdad como esta que describe Mersch. En cambio, **tengo la impresión**

de que -de unos años a esta parte- en Roma no se cree más que en una verdad que sólo se impone a base de precauciones inquietas y de astucias insinceras, cuando no de golpes en la mesa.

